
DE TIEMPO ATRAS

LA RAZA DE AITOR

AHORA que la heroica capital de Navarra parece remozarse con el derribo del pétreo cinturón que hasta el presente ha venido oprimiéndola, que las locomotoras detenidas hasta ahora a respetable distancia van rozando sus negruzcos muros, mientras los motores eléctricos penetran altaneros en su propio recinto; cuando todo anuncia una era de transformación, de embellecimiento y de progreso, no estará fuera de lugar un recuerdo al pasado, que hallamos en una crónica de viaje publicada en la prensa española y traducida más tarde al francés en *La Petite Gironde*.

Dice así:

«Salir de la corte para entrar en Pamplona, es dar un adiós al siglo XX, e internarse dos o trescientos años en la Historia. Y no quiere decir esto que Pamplona sea una población atrasada, ni que sus habitantes rechacen los adelantos y los progresos de la edad que atravesarnos velozmente, en alas del vapor, de la electricidad y de la gasolina, sino que la antigua *Iruña* ha cerrado sus puertas al carácter de los tiempos modernos, y conserva, bajo su cielo gris, muchos átomos de ambiente marcadamente medioeval.

»Es una población de aspecto severo y melancólico; de extraordinaria limpieza, escaso movimiento y apiñada población; de calles estrechas, tortuosas y calladas; de ceniciento celaje que deja escapar, a través de sus nubes ajironadas, una luz opaca y triste; de carácter eminentemente religioso y clerical; enriquecida señorialmente con las fachadas negras de sus antiguas palaciotas, custodiada por buen número de iglesias, monumentalmente hermosas, pero de escasos méritos artísticos; poetizada por multitud de imágenes que, protegidas por urnas, adornadas con flores y alumbradas por lamparillas mortecinas, se

ofrecen frecuentemente al paso en los muros externos de las casas. Sus balcones angostos, cubiertos de cortinas blancas que flotan acariciadas por la brisa, parecen hablar de modestia y de honradez; sus numerosos relojes, publicando, con campanadas melancólicas, los adioses del tiempo que se va, hacen pensar en la tranquilidad de una vida sin espasmos febriles, no actividades febriles. No faltan en Pamplona hermosos paseos y edificios modernos que alegran con su sonrisa el ceñudo aspecto de la vieja ciudad, pero es ésta una sonrisa respetuosa, que no rompe el tono austero, ni empaña el tinte tradicional de la capital de Navarra.

»Parece que el mismo ferrocarril teme profanar con su ruido de fragua y su fuego de infierno esta arcaica población, llena de reliquias de otra edad, y se detiene a respetuosa distancia de sus ciclópeos muros.

»Parece que el imponente y apretado círculo de gigantes murallas, empezadas a construir en el reinado de Carlos V y terminadas en el de Felipe II, gracias al esfuerzo de los poderosos pamploneses que prestaron su concurso a cambio de títulos de nobleza; parece, digo, que su magnífico cinturón de piedra, capaz de competir con los mejores de España, levanta sus enormes inexpugnables masas, no contra los avances de los hombres, sino contra la invasión de las ideas, en defensa de la rica herencia de los antepasados, para preservarla de los enmascarados y venenosos progresismos de la época.

»En esta ciudad se retrata el pueblo viril que forman los descendientes de Aitor, pueblo que ni se ha difundido, ni se ha mezclado con otro alguno, ni casi ha degenerado bajo el peso de los tiempos.

»Hasta sus condiciones topográficas, climatológicas y etnológicas hacen de Navarra un pequeño reino, muy a propósito para que en él se conserve un pueblo; porque tiene tierras altas, bajas y medianas, con diferentes climas, con diferentes productos agrícolas y caracteres marcadísimos de raza.

»Al mismo tiempo y con el mismo denuedo que formaba Pelayo la monarquía asturiana, se levantaba en las montañas vascas García Jiménez a defender la independencia, y los navarros saben que aquella monarquía que nació contra la invasión agarena, con la que se formó en Covadonga el cimiento sobre el que se apoya toda la verdad histórica de la nación española; los navarros saben que el pueblo fuerte del que descienden no durmió el sueño de la inercia en aquellas épocas en las que la ocupación principal era la guerra; saben que sus antepasados estuvieron en las Cruzadas; se enorgullecen al contemplar unas cadenas enmohecidas, arrancadas por Sancho a los 10.000 etiopes de la batalla de las Navas.

»Y la sangre heredada de aquellos hombres, y el recuerdo de aquellas glorias, y el amor a aquellos tiempos, hacen que en la tierra de Amaya sea cada carácter una roca de inmovible firmeza, cada vo-

luntad un trozo de acero forjado, cada navarro un soldado de la tradición. Son primero españoles, después navarros, y entienden vivir en un reino pequeño, enclavado, a su vez, dentro de otro mayor.

»Navarra cumple sus deberes nacionales, pero no declina sus derechos regionales; por eso, sin negar sus auxilios a la marcha general de la Patria grande, reclama y conserva una nacional autonomía para administrar los intereses de la Patria chica. Y animados de una aspiración común del bienestar de ésta, a cuyo bien pospone el provecho particular, tienen una Diputación provincial que es la mayor honra de Navarra, y que ejemplariza aunque inútilmente, y avergüenza a todas las demás de España, convertidas por las ambiciones personales en rémoras administrativas.

»Son, más que francos, rudos, sobrios; consecuentes en sus propósitos, amantes ciegame de su país, unidos por un fuerte espíritu colectivo, generosos y serviciales, nobles y honrados. Y en confirmación de ello tenemos ese espejo clarísimo en el que se retratan los pueblos; los cantares. Uno hay que dice:

El escudo de Navarra
tiene cadenas de hierro;
por eso no hay quien le arranque,
no hay quien le arranque sus fueros.

»Y, efectivamente, por defenderlos son capaces de exponer sus vidas y sus haciendas.

»Su amor a la tradición se ha demostrado siempre que han visto atacado el espíritu navarro, y cuando, también recientemente, se vió atacado por la ley de Asociaciones, el espíritu religioso se demostró igualmente, defendiendo la fe que recibieron en el siglo I de labios de San Saturnino.

»Constancia, desprendimiento y sobriedad son tres caracteres de los pueblos grandes, que adornan al navarro; y en cuanto al último, existe otro cantar que le retrata donosamente:

Con una copa de vino,
un guitarra y medio real,
pasa un navarro tres meses
más ancho que un cardenal

»Teniendo en cuenta lo expuesto y reduciéndolo a un caso concreto, podría decirse, en cierto sentido, que el movimiento solidario no es otra cosa que navarrizar a España.

»En fin, para terminar; que la tierra en la que nacieron santos como Francisco Javier; escritores místicos como el Padre Nalón de Echaide y Fray Diego de Estella; historiadores como el Padre Moret, y músicos como Eslava y Zabala, Gayarre y Sarasate, es una región ejemplar, y el pueblo que la forma es de los que hacen grandes las naciones.

LUIS MARTÍNEZ KLEISER